

Pórtico: La importancia del método (algunas lecciones aprendidas y mucho trabajo pendiente)¹

Ignacio Echevarría • Lola Pons • Francisco Rico

El filólogo nunca como ahora había tenido tantas y tan buenas herramientas para editar los textos clásicos. Las bibliotecas virtuales y los repositorios digitales permiten la consulta de un sinfín de testimonios a distancia; los repertorios bibliográficos en internet se han multiplicado en los últimos tiempos, aumentando el rastreo de obras y ejemplares, así como de bibliografía secundaria, actualizada casi al minuto; los variados mecanismos de búsqueda (bases de datos, páginas web especializadas y no especializadas, etc.) facilitan el rastreo de fuentes y la anotación léxica; la proliferación de revistas electrónicas permite un acceso inmediato a la investigación más reciente... Sin embargo, el instrumento más valioso del que dispone el editor hoy en día es el método, la ecdótica.

La reflexión filológica, tanto teórica como práctica, llevada a cabo desde finales del siglo XIX ha ido descubriendo tácticas de enfrentamiento a los textos antiguos que han sistematizado la labor de edición. La crítica textual ha constatado la necesidad de la consulta directa de los testimonios, del acopio del mayor número de ediciones y ejemplares posibles, de la comparación entre

1. En este escrito reelaboramos las conclusiones expuestas en una charla llevada a cabo el 25 de mayo de 2020, en la que participaron Ignacio Echevarría, Lola Pons y Francisco Rico. El objetivo de la misma era plantear cuáles siguen siendo hoy en día los retos de la edición de textos en España, tanto en su vertiente filológica como comercial y cultural. LAURA FERNÁNDEZ Y RAFAEL RAMOS.

esos materiales para poder establecer las variantes en que se ha transmitido un texto. Ha resultado menos eficaz, en cambio, en sus postulados de genealogía y stemmatología, pues su base de filiación, el error común, no ofrece resultados convincentes para muchos textos, en especial para la gran mayoría de los impresos y de los manuscritos contaminados, así como de aquellos que se conservan en más de una versión autorizada por el autor.

La bibliografía textual, por su parte, ha puesto la mira en la producción material de los impresos, descubriendo un mundo de factores que condicionan la transmisión de las obras, desde la cuenta del original hasta los retoques de última hora sobre los pliegos ya tirados. Nos ha enseñado, por ejemplo, las múltiples tretas de los impresores, que eliminaban o añadían texto ajeno al autor por cuadrar el espacio de un folio, un final en pie de copa, un título pasado por alto. Ahora sabemos que un componedor con un determinado acento podía variar la grafía en los pliegos que preparaba, y que eso, en consecuencia, no nos da información alguna sobre la lengua del autor; o que el corrector de imprenta podía modificar y regularizar, y de hecho modificaba y regularizaba, la ortografía y la puntuación de las obras, e incluso el sistema de las acotaciones en los textos dramáticos. Esa atención al proceso de impresión posibilita muchas veces estimar qué cambios se deben exclusivamente a errores o problemas materiales, relegando el resto a la transmisión anterior —o paralela— al impreso (oral, manuscrita...) o a la intervención o al lapsus de autor. Pero para descubrir todos esos datos, habrá sido imprescindible el acopio de testimonios y su cotejo sistemático.

También los estudios de Historia del libro han avanzado de manera notable, permitiendo que hoy se entiendan mejor los condicionamientos legales de las obras antiguas, los procesos de censura (incluyendo la autocensura), la configuración del mundo editorial de la época, con sus estrategias de mercado, sus acuerdos entre talleres, su picaresca certificada por las ediciones contrahechas, etc. Se sabe más, en definitiva, sobre las modas y gustos librescos, sobre la manera de leer, y, por ahí, sobre la cultura y la sociedad de entonces.

Enfrentarse, pues, a la edición de un texto, antiguo o moderno, manuscrito o impreso, de cualquier nacionalidad y género, supone hoy realizar un esfuerzo previo de apertura de miras filológica, que no apueste *a priori* por una línea de trabajo concreta. Porque un aparato crítico o un *stemma* no son un fin en sí mismos, como tampoco lo son el descubrimiento de una corrección en prensa o de un pie de imprenta falso. Esa actitud, ese método que aún —o picotea— todos los métodos de los que puede fiar el filólogo, amparado irremediabilmente en su mejor criterio y olfato, es la ecdótica.

Pese a todo lo dicho, la implantación de ese método en la práctica no se ha generalizado. La conciencia de que nadie está en condiciones de comprender cabalmente un texto (leerlo, interpretarlo literaria e históricamente, atisbar la voluntad del autor...) sin que sea fiable, sin que esté ecdóticamente restaurado, aún no ha calado. A modo de anécdota podemos recordar cómo traductores de la talla de Gabriel Ferrater y José María Valverde jamás se preocuparon por es-

coger una edición textualmente fidedigna para llevar a cabo su tarea. No era por desidia, sino simplemente porque no se trataba de un factor relevante entonces. De eso hace medio siglo, pero la situación no ha cambiado como cabría esperar de toda la investigación llevada a cabo en este tiempo. Sorprende que aún hoy haya quien confunda edición crítica con edición anotada, y que la asignatura de crítica textual (no digamos de ecdótica) apenas se imparta en un puñado de universidades, y en donde sí se hace, mayoritariamente se relegue a la especialización en másteres. Se trata de una importante carencia, pues se arrebató al alumno una formación, una herramienta de trabajo, que lo haría mejor profesional. No hay que olvidar, siguiendo por ahí, que la ecdótica es un método científico, y que sus resultados, las ediciones, son también un estudio, una hipótesis de trabajo puesta a disposición de la comunidad científica para su escrutinio.

Una edición ecdótica merece un formato acorde con los esfuerzos y los resultados de investigación obtenidos. En España existen diversas iniciativas de ámbito universitario –reseñadas más arriba– que realizan ediciones de este nivel y rigor científico. En el ámbito privado, la colección que sin duda destaca es la Biblioteca Clásica. Se trata de un proyecto ambicioso en todas sus facetas: en la filológica, por supuesto, pero también en la editorial, pedagógica y cultural, pues aspiraba en sus inicios, a finales de los años 80 del siglo pasado, a conquistar tanto a profesores y alumnos universitarios y de secundaria, como al público en general. Ideada por Francisco Rico y auspiciada por Gonzalo Pontón y su prestigiosa Editorial Crítica, el diseño se puso en manos de Manuel Florensa, un maestro tipógrafo de los que ya no quedan; la fijación de los criterios fue realizada por los jóvenes José María Micó y Rafael Ramos, que dieron temprana muestra de su compromiso con la precisión y el detalle; y el cuidado editorial se confió a un experimentado y escrupuloso equipo de correctores, con Ignacio Echevarría al frente.

Se preparó, así, una *mise en page* que facilitara la lectura, escogiendo una tipografía clásica pero confortable a la vista, y dando unos márgenes más amplios que en las ediciones escolares al uso. Las notas al pie, a dos columnas, solo daban cuenta de las aclaraciones necesarias para la comprensión del texto, relegando las explicaciones más especializadas a un apéndice de Notas complementarias. Junto a él, se hallaba un aparato crítico de variantes y una esmerada bibliografía. Acompañaba al texto un Estudio preliminar, redactado por un reconocido especialista en la materia, y un prólogo del editor. Esa estructura conseguía conformar una suerte de hipertexto que favorecía diversos niveles de lectura. El especialista tenía a su alcance un trabajo filológico de primer orden, con todos los apéndices necesarios para la investigación; y quien deseara disfrutar de la obra sin aditamentos, podía hacerlo, aun sin ser consciente de ello, con las garantías de un texto fijado rigurosamente, con una grafía y puntuación actualizadas en todo lo que no suponía un valor de época. Desde luego, la Biblioteca Clásica tenía las claves para competir con las más prestigiosas colecciones europeas de clásicos e incluso superarlas.

De los 111 títulos originales, que reconfiguran el canon de la Literatura española desde sus orígenes hasta finales del siglo XIX, aproximadamente la mitad ha visto la luz. Desde 2011, la Real Academia Española, consciente del valor del proyecto, ha hecho suya la serie para asegurar su continuidad y desligarla en lo posible de los avatares del mercado editorial. La realidad es que esa colección ha obtenido un gran prestigio, y, sin embargo –tal vez por eso mismo– sus entregas se han convertido más en un producto de lujo que en libros de estudio y engrosan antes las bibliotecas de particulares con gusto por la Literatura que las mochilas de los alumnos de Filología. No es un caso aislado, pues lo mismo puede decirse de la Pléiade francesa. (Valga recordar que, el “Rolls-Royce de la edición”, como alguien la ha llamado, también apostó hace ya tiempo por añadir un *appareil critique* –que incluye además de una introducción y notas, otras secciones como un aparato de variantes– a sus nuevos volúmenes –los *Essays* de Montaigne, de 2007, son un ejemplo de ello–, remodelando la estructura original de la colección, que ofrecía los textos sin apéndices filológicos.)

“La tarea es ardua, sí, pero también deleitable para quien gusta de ella.” Lo dice Luis Gómez-Canseco en uno de los artículos incluidos en este monográfico. Y tiene razón, como siempre. El estudioso se dará por bien pagado con la satisfacción del trabajo bien hecho. Pero debe aplicarse también para que la sociedad comprenda que los textos del Siglo de Oro –los de cualquier época– son un patrimonio que requiere un proceso de restauración, igual que un fresco que pierde sus colores o una catedral que se desmorona. Quedan muchas obras por rehabilitar y el único medio es la buena Filología.